

tos de vista desde los cuales pueden ser analizados. En cada estrato se plantean unas cuantas cuestiones, a las que cada libro responde cada vez más individualmente, para, al cabo de ser sometido a todas ellas, aparecer ya como una obra claramente diferenciada.

Lo primero que hemos de preguntarnos es cómo inciden estos libros en nuestro marco cultural, pues creo que el interés que una obra suscita está en relación muy estrecha con una serie de circunstancias que definen la situación en la que pasa a integrarse. Dada la que se registra actualmente en la literatura musical española, la cual, a pesar de ciertos recientes y encomiables esfuerzos por revitalizarla —de los que son buena prueba las actividades de «Real Musical»—, presenta lagunas considerables, es indudable que «Clásicos de la Música», colección que en su versión original francesa es una más junto a las de Seghers y Seuil, tiene aquí mucha más importancia. En cuanto a los libros individualmente considerados, ya en este plano se empiezan a apreciar diferencias: mientras que el Debussy, de Gourdet, se presenta como una obra de auténtica novedad, el Mozart, de Ives y Ada Rémy, no hace, en general, más que repetir lo que ya sabíamos —con todo, más vale que sobre que no que falte—, por cuanto en España ya existía una abundante bibliografía mozartiana —recordemos, como ejemplo, el estupendo trabajo de Fernando Vela, en Alianza Editorial.

Desde el punto de vista de la utilidad práctica, creo que es innecesario hacer énfasis en la que ambos libros tienen, especialmente por la enorme cantidad de datos que en ellos se pueden encontrar. El amor por el detalle es una constante en el trabajo de los musicólogos, que son capaces de reconstruir tal como se desarrollaron conservaciones de hace siglos, llegando al extremo de

contarnos que Mozart, cuando estaba deprimido, se rascaba la punta de la nariz con la servilleta. Tanta minuciosidad resulta utilísima, sobre todo para los que nos dedicamos al menester del comentario: Es una garantía poder contar con unos libros en los que esté, literalmente, «todo». Y si además son baratos, pues mucho mejor.

Las mayores diferencias entre los dos libros se registran en el plano literario: Ives y Ada Rémy abordan la biografía de Mozart de manera lineal y con unos planteamientos un tanto elementales, imbuidos además de un lirismo totalmente desfasado, al estilo de aquel conmovedor *The Composer in Love*. Debussy resulta literariamente mucho más riguroso: Es una obra en la que se ha cuidado mucho el ritmo narrativo, y que además se orienta a ilustrar una tesis que desborda la pura anécdota: la que concibe al verdadero artista como un ser enfrentado a las reglas vigentes. Por más que en Debussy se hace palpable que «toda biografía es, en cierto modo, una autobiografía», por cuanto Gourdet, ya desde la introducción, compromete en el libro sus propias concepciones acerca de la música y el arte.

Debe hacerse constar que las traducciones son extremadamente correctas —«rara avis»; no así la presentación de los libros, al estilo de aquellos RTV, pero añadiendo en la portada una clave de sol y unas cuantas corcheas y semicorcheas: tanta «pin-up» debe ir destinada, sin duda, a demostraros que, por si no nos habíamos enterado, estos libros tratan de música. ■ JOSE RAMON RUBIO.

NOTA.—En mi artículo «Ausencia y necesidad de la comunicación musical», publicado en el número 639 de esta revista, las «Partitas» de Juan Sebastián Bach, aparecieron calificadas de «Ejercicios para piano», cuando en realidad debería haber dicho «Ejercicios para teclado», título que es el que corresponde exactamente al otorgado por Bach a la obra «Clavierübung». ■ J. R. R.

DISCOS

Otras clases de «blues»

Kevin Coyne tuvo su momento de actualidad en España a finales de octubre, cuando se anunció su visita como parte de una gira promocional de artistas Virgin. Desafortunadamente, el proyecto fue cancelado a última hora, y el público español perdió la oportunidad de experimentar su excelente música. A cambio nos llegó un álbum, el sexto de su oscura carrera.

Coyne grabó tres LPs (el último no llegó a editarse) con Siren, pro-

bablemente el grupo más crudo, simple y sano de los días posteriores del «blues boom». *Case History*, su primer disco en solitario, salió justo antes de que brar Dandelion, la idealista compañía para la cual grababa. Su reaparición fue un impresionante doble, titulado *Marjory Razorblade*, y ahora tenemos aquí *Blame it on the night* (Virgin 88008), un muestrario de todos sus fallos y virtudes.

La voz de Kevin entra en la categoría de las chirriadoras y abrasivas, lo que resulta adecuado para la mayor parte de su repertorio: viñetas descarnadas de la vida en la Inglaterra proletaria. Son canciones sobre temas descuidados por otros músicos que provienen de los medios obreros; resulta difícil imaginarse a Rod Stewart, Ian Hunter o al mismísimo Lennon cantando *The witch*,

la historia de la deterioración de la relación de una pareja que refleja su experiencia de trabajo en hospitales psiquiátricos y sus viajes por España (que también inspiraron *This is Spain*).

Kevin demuestra además que el «rock» es un medio de comunicación abierto a todos los que tengan algo que decir, aunque su bagaje musical sea un simple amor por los primitivos del «blues» y el «rock & roll», aunque su figura y apariencias sean todo lo contrario al estereotipo de las estrellas juveniles. El es tremendamente efectivo en sus actuaciones, cuando da un respiro a su banda y se lanza a improvisar poesías, contar historias o aullar sus canciones más personales acompañado de los desordenados rasgueos de su guitarra y las filigranas de la «slide» de Gordon Smith, otro superviviente de la Blue Horizon.

Cuando se lanza al frente de su quinteto de acompañantes, el poder de su música es impresionante. Y ahí están mis reservas con el disco: después de haberle visto enloquecer a los asistentes al Marquee, *Blame it on the night* es una decepción en varios aspectos. La austeridad del material contrasta con los toques embellecedores del productor, Steve Verroca, cuyos discos con Link Wray harían suponer una mayor comprensión de las posibilidades de un músico como Coyne. Al no usar el potencial total de la banda, Coyne y Verroca están desechando hacer un gran disco de R & B, como lo evidencian su sonido en directo y temas aislados (*Poor swine*, *Cheat me* o el irresistible *Marlene*).

Ya sé que tal sugerencia me coloca en una posición similar a la de los críticos americanos en 1968, que consideraban a Captain Beefheart como un buen cantante de «blues» que se había dejado arrastrar por la ola psicodélica. No, sólo deseo que Kevin Coyne compense su vertiente

más áspera utilizando su grupo para continuar en la línea de bandas más profesionales y ya disueltas, como Chris Farlowe & The Thunderbirds, o Roger Chapman's Streetwalkers. Tal vez su próximo LP... ■

DIEGO A. MANRIQUE.

CANCION

Murieta, o la rebeldía de un pueblo

Pablo Neruda dice en unos versos que sería delicioso asustar a un notario con un lirio cortado. Pero en la mayoría de los casos, como nos dice Manuel Picón, el notario sólo se asusta si el lirio es de hierro. Aunque aún queda la esperanza de que ese lirio cortado, la poesía o la canción, se pueda convertir en el auténtico instrumento de cambio y de esperanza para un continente que durante toda su existencia ha sufrido la opresión por parte de unos o de otros. Este es el propósito de los pueblos latinoamericanos, que cantan, esperan y se unen por medio de la poesía y la música, expresión del alma de sus gentes. También éste puede ser uno de los objetivos que persiguen estas seis personas —Alpataco (trío), Manuel y Olga y el indio Juan— al unirse para cantar un poema de Neruda, un sentir del pueblo latinoamericano. Así nos lo resume el indio Juan, después de una de sus primeras intervenciones en España, donde han actuado en el teatro Beatriz, de Madrid, y en diversos Colegios Mayores:

—Perseguidos mostrar a través de la música una serie de hechos que ocurren o han ocurrido en Latinoamérica. Demostrar las posibili-

